

madre; ¡nunca vieron á su hijo! Mi único compañero fué un enano repugnante; nunca nos unió el amor; lazos traidores me tendía el astuto: ¡hasta he tenido que matarle!

Á ti pregunto ahora, alegre pajarillo: ¿podrás darme un buen compañero? ¿quieres decirme quién sería el mejor? ¡Lo he buscado muchas veces, pero siempre en vano! tú lo encontrarías mejor! Una vez me aconsejaste ya muy bien: ¡canta, te escucho! (*Silencio; luégo*):

LA VOZ DEL PÁJARO.—¡Ay! Sifredo mató al enano malvado! Ahora sé para él la más hermosa mujer. Duerme en altas rocas rodeada de fuego: ¡si atraviesa las llamas y despierta la doncella, Brunilda será suya!

SIFREDO (*se levanta sobresaltado*).—¡Oh! cómo me abrasa tu dulce canto! cómo me devora el pecho! se me agita y estremece el corazón: ¿qué siento? ¡dímelo tú, buen amigo!

EL PÁJARO.—Alegre en mi pena, canto el amor; en delicias y en desdichas se mece: sólo los que anhelan por él entienden mi trinar!

SIFREDO.—Me siento impelido á salir del bosque para ir á la roca! Dime otra vez, cantor amable: ¿podré atravesar el fuego? ¿Podré despertar á la novia?

EL PÁJARO.—¡Ningún cobarde obtiene la novia, ni puede despertarla; sólo será de aquel que nunca supo lo que era temor!

SIFREDO (*riéndose*).—Ese muchacho torpe, que no sabe lo que es miedo, pajarillo mío, ese soy yo! Hoy mismo me afané inútilmente por aprenderlo de Fafner. Ahora quisiera que me lo enseñase Brunilda: ¿cómo encontraré el camino que me conduzca al peñón? (*El pájaro revolotea sobre Sifredo y se va volando.*)

SIFREDO (*alegre*).—Tú me enseñas el camino: ¡allí á donde vuelas te seguiré! (*Corre tras del pájaro.*)

CAE EL TELÓN



ACTO III

Paisaje desierto al pié de una montaña de rocas, que por el lado izquierdo descendiendo formando una cuesta muy empinada. Es de noche; viento, rayos y truenos. Á la entrada de un portal en forma de gruta se halla en pié el Viajero.

EL VIAJERO.—¡Alerta! ¡Alerta! ¡Wala, despierta de tu largo sueño! ¡Yo te llamo, sube! sal de esta oscura gruta! Erda! Erda! mujer eterna! abandona tu profunda morada y ven aquí á la altura! entono la canción que ha de despertarte; cantando te despertaré de tu sueño. ¡Mujer que todo lo sabes! que existes desde que hay mundo! Erda! Erda! mujer eterna! vela! despierta!

(*La gruta ha empezado á iluminarse: envuelta en una nube azul sube Erda, del fondo. Parece estar cubierta de escarcha; sus cabellos y vestido brillan con centelleante resplandor.*)

ERDA.—Fuerte resuena tu canto; el poder del hechizo es grande; ¿quién me privó de mi letargo?

EL VIAJERO.—Yo, que acostumbro á despertar á quien domina profundo sueño. He recorrido todo el

mundo para adquirir conocimientos y alcanzar eternos consejos. No existe nadie más sabio que tú: conoces lo que esconden las profundidades, lo que se agita sobre montes y praderas y en el agua y en el aire. Donde hay vida, está tu aliento; donde se piensa, tu inteligencia: se dice que todo lo sabes. Para alcanzar noticias te he despertado de tu sueño.

ERDA.—Mi dormir es soñar, mi soñar pensar; mi pensamiento domina el saber. Mientras yo duermo vigilan las Parcas: ellas tejen la cuerda é hilan lo que yo sé. ¿Por qué no las diriges tus preguntas?

EL VIAJERO.—Porque ellas viven sujetas, sin dirigir ni mudar el destino, y en cambio tú puedes decirme el medio de parar el giro de la rueda.

ERDA.—Las acciones de los hombres oscurecen mi saber: á mí misma, me dominó en un tiempo un poderoso. Dí á luz una niña á Wotan. Es valiente y sabia también; ¿por qué me despertaste á mí? ¿por qué no preguntas á la hija de Erda y de Wotan?

EL VIAJERO.—¿Quieres decir la walkiria, la niña Brunilda? Ella hizo frente al dominador de las batallas, en el mismo instante en que él luchó contra sí mismo: lo que él intentó, mas sin permitírselo, en perjuicio propio, quiso realizarlo ella en medio del sangriento combate. El padre de las batallas castigó á la muchacha aletargándola hondamente; está profundamente dormida sobre las rocas: sólo despertará para ser la esposa de un mortal. ¿Cómo podía interrogarla?

ERDA (*abismada en sus pensamientos; después de breve pausa*).—Aturdida me encuentro desde que desperté: ¡confuso veo rodar el mundo! La walkiria, la hija de Wala, ha sido castigada con profundo sueño mientras dormía su sabia madre? ¿El que enseñó la arrogancia es el que ahora la castiga? ¿el que promovió este acto, es el que castiga el acto? ¿El que protege la ra-

zón y el juramento, castiga al derecho y reina faltando al juramento? Déjame volver á bajar: deja que vuelva á sepultarme en mi sueño.

EL VIAJERO.—No, no lo permitiré ya que estoy en posesión del encanto. Con tu gran acierto, clavaste la espina de la inquietud en el corazón atrevido de Wotan: del temor de un fin vergonzoso, le ha llenado tu saber; la angustia ató su valor. Si eres la mujer más sabia del mundo, dime cómo el Dios inmortal puede vencer este temor.

ERDA.—¡Tú no eres lo que finges ser! ¿Por qué viniste á turbar, feroz, el sueño de Wala? ¡Dame libertad, hombre que no sabes lo que es paz! ¡Suelta la fuerza del encanto!

EL VIAJERO.—¡Ni tú eres lo que te figuras! La sabiduría de la madre que siempre fué, toca á su fin: este depende de mi voluntad. ¿Sabes lo que quiere Wotan? Á ti, ignorante, te lo digo; que duermas eternamente. No me angustia ya el fin de los dioses, desde que mi voluntad así lo quiere! Lo que en un tiempo en la discordia resolví con profundo dolor, con alegría y placer lo ejecuto hoy: si cedí, con repugnancia, el dominio del mundo al Nibelungo, al más hermoso welsa destino ahora como heredero. Mi escogido, que nunca me conoció, muchacho valiente y privado de mi protección, alcanzó el anillo del Nibelungo: ageno á la envidia y deseoso de amar, contra éste se paraliza la maldición de Alberto, puesto que desconoce el miedo. Á Brunilda, la que tú me diste, despertará cariñoso el héroe. ¡Duerme, cierra tus ojos, soñando verás mi fin! El Dios le cederá con gusto su inmortalidad. ¡Baja pues, Erda, toda temores, toda cuidados, desde que existes! baja al sueño eterno! Allí veo acercarse á Sifredo.

(*Erda se hunde. La gruta ha vuelto á quedarse del todo oscura: el viajero se apoya sobre las piedras de la misma,*

y espera así á Sifredo. La luz de la luna ilumina algo el escenario. La tempestad cesa del todo).

SIFREDO (*entrando por la derecha en el proscenio*).—Mi pajarillo se me escapó; revoloteando y cantando me enseñaba el camino: y ahora ha huido muy lejos. Tendré que hallar yo mismo la senda según me lo indicó mi guía... voy á andar hacia aquella dirección.
(*Se dirige al fondo*).

EL VIAJERO (*quedándose en su posición, apoyado en la gruta*).—¿ Á dónde te conduce tu camino, joven?

SIFREDO.—Alguien habla aquí: quizás éste me lo enseñará. Busco un peñón que está cercado de fuego: allí duerme una mujer que quiero despertar.

EL VIAJERO.—¿ Quién dijo que buscases aquel peñón? ¿ quién, que deseases á la mujer?

SIFREDO.—Me lo indicó cantando un pajarillo del bosque.

EL VIAJERO.—Muchas cosas dice un pajarillo; pero ningún hombre las puede entender; ¿ cómo pudiste interpretar sus gorjeos?

SIFREDO.—Maravilla fué que obró la sangre de un dragón feroz, que maté delante de la cueva de la envidia: apenas humedecí con la sangre la lengua cuando comprendí el canto del pajarillo.

EL VIAJERO.—¿ Mataste al gigante? ¿ quién te ha animado á luchar con tan fuerte dragón?

SIFREDO.—Mimé, enano traidor, que deseaba enseñarme lo que era miedo: pero al golpe de espada que lo mató, me animó el mismo animal amenazándome con tragarme.

EL VIAJERO.—¿ Quién hizo la espada tan fuerte y de tal filo que derribó á su más poderoso enemigo?

SIFREDO.—Yo mismo la forjé, porque el herrero no supo; sino, probablemente carecería de espada.

EL VIAJERO.—¿ Pero, quién hizo los fuertes pedazos con que forjaste la nueva?

SIFREDO.—¡ Lo ignoro! Sólo sé que de nada me hubieran servido si no me hubiese forjado con ellos otra hoja.

EL VIAJERO (*se ríe complacientemente y con buen humor*).—¡ Eso, ya me lo figuro!

SIFREDO.—¿ Por qué te ríes de mí? ¡ viejo preguntón! acaba de una vez; ¡ no me hagas charlar más! Si puedes enseñarme el camino, dílo: si no, cállate!

EL VIAJERO.—¡ Paciencia, muchacho! Ya que te parecezco viejo, debes tenerme respeto.

SIFREDO.—¡ No me parece mal! En toda mi vida siempre se me puso un viejo por medio. Á ese hoy lo he barrido del camino. Si sigues oponiéndote con esa arrogancia á mi paso, mira no te ocurra como á Mime!
(*Se acerca al viajero*.) ¿ Qué pareces? Vaya un sombrero grande que usas; ¿ cómo es que te cuelga tanto hacia un lado?

EL VIAJERO.—Es la costumbre de los viajeros cuando el viento sopla de frente.

SIFREDO.—Pero debajo te falta un ojo. De seguro que alguno á quien tú impediste el camino te lo quitaría... Lárgate, no sea que pierdas también el otro.

EL VIAJERO.—Veo, hijo mío, que cuando no sabes nada, te sales bien del paso; con este ojo que falta, por otro motivo, ves tú mismo el otro que me quedó para ver.

SIFREDO (*se ríe*).—¡ Muy chancero estás hoy! Pero escucha, ya no charlo más; enseñame enseguida el camino y sigue luego el tuyo. No te considero útil para nada más; pero habla pronto; sino, te hago yo saltar de aquí.

EL VIAJERO.—Si me conocieses, joven valiente, no me insultarías de este modo; conociéndote tanto, me son muy dolorosas tus amenazas. Siempre amé tu raza, pero ha experimentado los efectos de mi cólera; no la provoques hoy, pues seríamos ambos víctimas de ella.

SIFREDO.—¿No me contestas, miserable? Vete de este sitio. Yo sé que por aquí se va al lugar de la mujer dormida; así me lo dijo mi pajarillo, que voló al llegar aquí. *(Va oscureciendo lentamente.)*

EL VIAJERO *(enfurecido)*.—Se te escapó por tu bien, porque advertió aquí al señor de los cuervos; ¡pobre de él si le alcanzan! No has de seguir el camino que te enseñó!

SIFREDO.—¡Ah!... no lo intentes. ¿Quién eres tú para disputarme el paso?

EL VIAJERO.—¡Teme al guardián de la peña! Mi poder tiene encerrada á la niña dormida: el que la despertare, y ganare, me arrebataría para siempre mi poder. Un mar de fuego la rodea, llamas ardientes lamen la roca y se oponen á quien la codicia. *(Hace una seña con la lanza.)* ¡Mira hacia arriba! ¿ves la luz? Su brillo aumenta el fuego, hierven las nubes encendidas, olas de llamaradas bajan precipitadamente. Un mar de fuego rodea tu cabeza, pronto te devorará. ¡Atrás, joven atrevido!

SIFREDO.—¡Atrás tú, baladrón! Donde arden tales llamas, y duerme Brunilda, allí he de ir!

(Se dirige hacia allá.)

EL VIAJERO *(impidiéndole el paso con la lanza)*.—¡Pues si no temes al fuego, ciérrrete el paso mi lanza! Aún empuña mi mano el poder; la espada que llevas se rompió contra esta lanza un día: estréllese otra vez contra mi arma eterna!

SIFREDO *(tirando de la espada)*.—¡Por fin encuentro al enemigo de mi padre! ¡Magnífica ocasión para vengarle! en vano esgrimes tu lanza; nada podrá contra mi espada invencible!

Lucha con el viajero y rompe su lanza en dos pedazos. Trueno espantoso.)

EL VIAJERO *(retrocediendo)*.—¡Sigue adelante! no puedo detenerte!

(Desaparece.)

SIFREDO.—¡Con el arma destrozada huyó el cobarde! *(Con creciente claridad han bajado las llamas de la altura al fondo: todo el escenario se llena de un ondeante mar de fuego.)*

SIFREDO.—¡Oh fuego delicioso! brillante resplandor que alumbras mi camino. ¡Bañarme en fuego! encontrar á mi novia entre llamas! mágica ventura!

(Lleva á los labios su argentada bocina, y se arroja á las llamas que invaden todo el proscenio. Óyese la bocina de Sifredo, primero cerca, luego más lejana. Las nubes de fuego van acercándose á la boca del escenario, de modo que Sifredo, cuya bocina vuelve á oírse en lontananza, parece dirigirse hacia la cumbre situada en el fondo de la escena. — Al fin, extinguiéndose el fuego, se va disolviendo su velo finísimo y transparente, que acaba por reducirse en puro y azulado éter, en clarísimo día.)

—El escenario, ya completamente despejado de nubes, representa la cumbre de un peñón (como en el tercer acto de LA WALKIRIA): á la izquierda, la entrada de un aposento natural entre las rocas; á la derecha, grandes pinos; el fondo enteramente libre. En el proscenio, bajo la sombra de un pino de ancha copa, yace Brunilda, en sueño profundo: está completamente vestida de brillante armadura, con el casco en la cabeza y cubierto el cuerpo con ancho escudo de acero. — Sifredo, que acaba de llegar á la cumbre de las rocas, mira asombrado á su alrededor.)

SIFREDO.—¡Dichosa soledad en estas alturas bañadas por el sol! *(Dirigiendo la vista al pinar.)* ¡Qué veo! un caballo reposando en profundo sueño! *(Sigue avanzando, y al divisar á corta distancia á Brunilda, se detiene admirado.)* ¡Qué fulgor deslumbra mis ojos! ¡me ciega aún el resplandor de las llamas! *(Se acerca más.)* ¡Armas relucientes! ¿las levanto? *(Levanta el escudo y ve el rostro de Brunilda, que está medio cubierta con el casco.)* ¡Ah! Un hombre armado; ¡grata aparición! ¡tal vez el

yelmo le moleste! ¡quitémosle este estorbo! (*Desata cuidadosamente el yelmo, dejando libre la cabeza de la doncella, cuya rizada cabellera se esparce en derredor. Sifredo se conmueve.*) ¡Qué hermoso es! (*Permanece embebido contemplando su rostro*): parece que respira con dificultad; quitémosle el acero que oprime su pecho! (*Lo prueba con mucho cuidado, pero no puede.*) ¡Ven, espada mía: corta el acero! (*Va cortando con anhelante precaución, poco á poco, los anillos que ciñen la coraza, y levantando la mitad anterior de la armadura descubre el ligero y blanco traje de Brunilda. Sorprendido y admirado se levanta.*) ¡No era un hombre! Mágica sensación arde en mi pecho; mis sentidos desfallecen. ¿Á quién invoco en mi ayuda? ¡Madre! madre! acuérdate de mí! (*Cae apoyando la frente en el pecho de Brunilda. Largo silencio. Luego se levanta suspirando.*) ¿La despertaré? ¿me deslumbrará su mirada? ¿se atreverá mi audacia á soportar tu esplendor? Todo gira confuso en torno mío; tiemblo al oprimir mi palpitante corazón. ¿Tendré miedo, acaso? ¡Oh madre, madre, á tu valiente hijo enseñó lo que era miedo una mujer dormida! ¿Cómo vencerlo? ¿cómo recobrar el valor? ¡para despertarme yo mismo, he de despertar á esta mujer! ¡Qué hermosos, los sonrosados labios! ¡cuál me acobardan con su tierna sonrisa! ¡Qué perfume el de su aliento! ¡Despierta! ¡despierta, mujer divina! No me oye. ¡Pidamos vida á estos labios aun á trueque de sufrir mil muertes!

(*La besa apasionado. Enseguida retrocede. Brunilda ha abierto los ojos. Ambos permanecen largo rato extasiados contemplándose.*)

BRUNILDA (*levantándose lenta y solemnemente*).—¡Salud á ti, oh Sol! ¡salud á ti, oh Luz! Yo te saludo, luz del día! Largo fué el sueño: ¿quién es el héroe que del letargo me sacó?

SIFREDO (*conmovido*).—Yo atravesé el fuego que cer-



caba el peñón ; yo te quité el fuerte casco : Sifredo se llama quien te despertó.

BRUNILDA.—¡ Salud á vosotros, oh dioses ! ¡ Salud á ti, oh mundo ! Yo te saludo, tierra floreciente ! Acabóse al fin mi sueño ! Un héroe, sí, me despertó !

SIFREDO (*enagenado*).—Oh ! salud á la madre que me dió á luz ! ¡ Salud á la tierra que me alimentó : gracias á ella puedo contemplar los ojos que alumbran mi felicidad !

BRUNILDA.—¡ Oh, salud á la madre que te dió á luz ; salud á la tierra que te alimentó : sólo tus ojos podían verme, sólo por ti podía despertar ! ¡ Oh, Sifredo ! Sifredo ! héroe bendito ! tú que me volviste á la vida ! si supieses cuánto te he amado siempre ! Tú eras mi pensamiento, tú mi cuidado ! Antes que nacieses, te protegí mi escudo ; ¡ cuánto tiempo hace que te amo, Sifredo !

SIFREDO (*bajo y con temor*).—¿ De modo que no murió mi madre ? ¿ no hacía más que dormir ?

BRUNILDA (*sonriendo*).—Oh hijo tierno ! tu madre no volverá más. Yo soy tú mismo, si me amas. Lo que tú no sabes, lo sé yo por ti ; pero sólo lo sé porque te quiero. ¡ Oh, Sifredo ! Sifredo ! Luz vencedora ! Á ti siempre te amé ; sólo yo adiviné el pensamiento de Wotan. El pensamiento que nunca pude nombrar, que sólo pude sentir ; por él me batí, peleé y batallé ; por él hice frente á quien lo concibió ; por él fuí castigada, porque sólo lo sentí y no lo advertía ! Este pensamiento, Sifredo, era amor hacia á ti.

SIFREDO.—Como canto mágico resuena en mí lo que dices ; pero su sentido me es oscuro. Veo de tus ojos el resplandor ; percibo el calor de tu aliento ; oigo el acento de tu voz ; pero lo que dices, aunque lo admiro, no lo entiendo. No puedo entender lo que me cuentas, porque todos mis sentidos sólo á ti ven y sólo á ti sienten. Tú me has enseñado á temer. Has atado con fuertes cadenas el valor que mi pecho abrigaba.

BRUNILDA (*se separa dulcemente y dirige su mirada al bosque*).—Allí veo á Grane, mi noble caballo, paciendole alegremente; conmigo le ha despertado Sifredo.

SIFREDO.—Mi mirada se apacienta en tu boca querida, pero mis labios arden, ansiosos de que los refresquen los tuyos!

BRUNILDA.—Allí veo el escudo que protegió á héroes; allí el casco que cubrió mi cabeza: ya no me protegerán más!

SIFREDO.—Una doncella preciosa abrasó mi corazón y mi mente; ¡vine sin casco ni escudo!

BRUNILDA (*con tristeza*).—Veo el brillante acero de mi coraza: una espada afilada la partió en dos; rompió la defensa del cuerpo virginal. ¡Estoy sin protección ni amparo... soy una triste mujer!

SIFREDO.—Atravesando ardiente fuego llegué hasta ti; no cubrió mi cuerpo, ni armadura, ni coraza: contra mi pecho chocaban las llamas; mi sangre hervía, un fuego devorador se encendió en mí y ahora el que ardiente rodeaba á Brunilda, está abrasando mi propio pecho. ¡Oh! mujer celestial! apaga este fuego devorador; extingue, al fin, estas voraces llamas!
(*La estrecha entre sus brazos. La doncella se desprende de ellos vivamente sobresaltada y huye al otro lado.*)

BRUNILDA.—Nunca osó tocarme un dios: humildes los héroes ante mí se inclinaron: pura salí del Walhalla! ¡Oh dolor! oh dolor! oh vergüenza! contra mí se atreve mi noble despertador! rompióme coraza y casco: ¡ya no soy Brunilda!

SIFREDO.—Aún eres para mí la dormida doncella; aún no interrumpí el sueño de Brunilda. ¡Despierta! sé mi esposa!

BRUNILDA.—Mis sentidos se conturban; se ofusca mi mente; ¿acaso perderé mi ciencia?

SIFREDO.—¿No me dijiste que tu ciencia era el amor hacia mí?

BRUNILDA.—¡Triste oscuridad ofusca mis miradas; mis ojos no ven ya claro: confusos me rodean entre tinieblas la angustia y el temor!

(*Cúbrese los ojos con las manos.*)

SIFREDO (*apartándole amorosamente las manos*).—¡Siempre rodea la noche á ojos vendados; separa tus manos y mira cuán hermoso brilla el sol!

BRUNILDA (*agitada*).—¡Claro como su luz, brilla el día de mi angustia! ¡Oh Sifredo! Sifredo! eterna fui y dejé de serlo; pero seré eterna en amor á ti, siempre para tu bien! ¡Oh Sifredo! tesoro del mundo! vida de la tierra! héroe sonriente! ¡Oh! déjame, no te me acerques violento! ¡piedad, compasión, para tu amada! ¿Viste alguna vez en el arroyo tu clara imagen? ¿no te alegró? Y cuando movías el agua, y se agitaba la tranquila superficie, ¿no viste cómo desapareció con el agitado movimiento de las ondas? No me toques, pues; no me enturbies: así cuando yo te sonría, tu mismo te sonreirás. ¡Oh Sifredo! Sifredo, quíerete á ti propio: no destruyas á quien es tu mismo ser!

SIFREDO.—¡Cuánto te amo! Así me quisieras tú! Yo mismo ya no me pertenezco! ¡oh, si tú me pertenecieses! El agua agitada ondea ante mí; con todos mis sentidos sólo á ella veo, á esa oleada de amor: destruí mi imagen clara para apagar en el arroyo cristalino el ardor que me devora. ¡Oh! si sus olas, amándome, me tragasen en la corriente, saciaría mi deseo! Despierta, Brunilda! despierta, doncella! vive y sonríe en dulce amor! Sé mía! sé mía!

BRUNILDA.—¡Oh Sifredo! siempre fui tuya!

SIFREDO.—Pues si siempre lo fuiste, ¿por qué no serlo ahora!

BRUNILDA.—¡Siempre seré tuya!

SIFREDO.—¡Sé desde ahora lo que siempre serás! Cuando mis brazos te enlacen, y mi pecho lata contra

el tuyo, encendidas las miradas, confundidos los alientos, unidos nuestros labios, ¡entonces dejaré de dudar de que sea mía Brunilda!

(La estrecha en sus brazos.)

BRUNILDA.—¿Que si soy tuya? Mágico encanto invade mi pecho; la luz del amor me ilumina. ¿Si soy tuya? ¡Oh Sifredo! Sifredo! ¿no me ves? ¿no te ciega mi mirada ardiente? ¿no te abrasan al enlazarte mis brazos? ¿no sientes el fuego de la sangre que agitada en mí circula? ¿no temes, Sifredo, la pasión de la mujer?

SIFREDO.—¡Ah! dulcísimo fuego recorre mis venas todas! ventura sin igual! Renazca el osado valor y huya para siempre el miedo que por breves momentos aprendí a conocer!

(Dicho esto se desprende un momento de los brazos de Brunilda.)

BRUNILDA.—¡Oh joven héroe! oh mancebo ideal! Tesoro de las más sublimes acciones! risueña he de amarte; ciega quiero entregarme á ti; sonriendo nos perderemos; nos hundiremos sonriendo! ¡Adiós, Walhalla! truéquense en polvo tus orgullosos muros! ¡Adiós, esplendor de los dioses! muere en amor, generación eterna! ¡Romped vuestras cuerdas, oh Parcas! ¡Acércate, crepúsculo de los dioses! asoma la noche de la destrucción! Para mí brilla ahora la estrella de Sifredo; será eternamente mi todo y mi dicha: mientras luzca el amor, dulce será la muerte.

SIFREDO.—Sonriente para mí despertaste: Brunilda vive! Brunilda sonrie! Bendito el sol que nos ilumina! Salud al día que nos acaricia con su luz! Salud al mundo, para el que Brunilda despierta! vive! habla! me sonríe! fulgente me ilumina la estrella de Brunilda! Será para siempre mi todo y mi dicha: mientras luce el amor, sonrie la muerte!

(Brunilda cae en brazos de Sifredo. Baja el telón.)

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

TERCERA PARTE

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS